

LA NOVELA DE PEREZ GALDOS

por AGUSTIN YAÑEZ

Entrar en la novela de Galdós es entrar en un mundo del que somos partícipes: el mundo de la Hispania legítima, dilatada en el tiempo y en el espacio, en el espíritu y en la tierra: Hispania de Europa y de Africa, Hispania de América, de Castilla, del Cantábrico y del Mediterráneo; con el genio y la figura de Séneca, y de Pelayo, y de Don Quijote, y de Periquillo, y de Angel Guerra, de Angel Guerra revolucionario y místico; aun la Hispania adulterada, la de los reyes y políticos ineptos, la de los militares con morrión de caudillos y con caballos ajenos, la de los figurones deplorables. Mundo conturbado, libérrimo, rebelde, propenso a la anarquía y a la heterodoxia, tradicionalista, dogmático y ortodoxo al rojo vivo; mundo de fantasía y de realidad: una realidad bifronte: risueña y tétrica; mundo de alegría y de miseria, de fe y de supersticiones, que conjuga los impulsos todopoderosos con el quietismo; mundo en que la mística tiene frecuentes colindancias por los rumbos de la sensualidad; este mundo nuestro en donde conviven “católicos de Pedro el ermitaño y jacobinos de época terciaria: y se odian unos a los otros con buena fe”; mundo de rencor y amor, mundo universal y provinciano, generoso y mezquino, a las veces emperador de la tierra y campeón de los cielos; esclavo en ocasiones; trono y barrio, palacio y zahurda, lengua de ángeles y blasfemia de renegados.

Todo esto vive dentro de la novela galdosiana: espiritual y naturalista, ceñida inflexiblemente por la historia, mas airosa en regiones de fantasía; novela experimental, en el sentido de lo ya vivido, que la surte; al mismo tiempo, novela irreal, disparada a mejores climas por una imaginación anhelante, grávida de futuro, confiada en el destino manifiesto de la raza.

Estas son las dos constantes que rigen la obra de Benito Pérez Galdós: historia e imaginación, creadora ésta de una historia no menos exacta que la otra, y más honda, permanente, siempre en vigor, alimentada por la observación e identificación con la realidad popular: “historia viva que se aprende con los ojos” (1); con todo, “ciencia humana —según palabras del propio Galdós—, así la que se aprende en los libros salidos de la imprenta, como la que anda y habla y come en los textos vivos que llamamos personas, escritos a veces en lenguas muy difíciles de entender” (2). La historia, dice en otro lugar, “viene a ser como un sueño retrospectivo” (3), y esto explica el volumen que alcanza el sueño en las novelas de Galdós: “¿pueden acaso (los sueños) revestirse de realidad y hacerse sensibles a la vista y al tacto del hombre despierto?”... “es muy divertido vivir cuando viviendo se ven cosas tan raras y se puede llegar a la consoladora tesis de que nada es mentira” (4), o dicho por boca de Mauricia **la dura**, personaje al agua fuerte, que anima las páginas de **Fortunata y Jacinta**: “lo que una sueña tiene su **aquel**” (5). Esta corriente de lo imaginario, presente en todas las obras de Don Benito, conforma la estética del novelista, quien gusta expresarla por boca de sus criaturas, por ejemplo en aquel diálogo entre Ponce, crítico de arte, y el boticario Segismundo, de la novela que se acaba de citar, cuyas son estas palabras: “El tejido artístico no resultaría vistoso sino introduciendo ciertas urdimbres de todo punto necesarias para que la vulgaridad de la vida pudiese convertirse en materia estética. No toleraba él que la vida se llevase al arte tal como es, sino aderezada, sazónada con olorosas especias, y después puesta al fuego hasta que cueza bien” (6), aun cuando los interlocutores llegan a convenir “que la fruta cruda bien madura es cosa muy buena”; pero “que también lo son las compotas, si el repostero sabe lo que trae entre manos” (7). Ahora oigamos hablar de Fidela, segunda mujer del avaro Torquemada: “Su ingénita afición a las golosinas tomaba en el orden espiritual la forma de gusto de las novelas. . . lo más extraño de su ardiente afición

(1) *Fortunata y Jacinta*, 1ª parte, cap. III.

(2) *Angel Guerra*, 3ª parte, cap. I.

(3) *Idem.*

(4) *Idem.*

(5) *Fortunata y Jacinta*, 2ª parte, cap. VI.

(6) *Idem.* 4ª parte, cap. VI.

(7) *Idem.*

era que dividía en dos campos absolutamente distintos la vida real y la novela; es decir, que las novelas, aun las de estilo naturalista, constituían un mundo figurado, convencional, obra de los forjadores de cosas supuestas, mentirosas y fantásticas. . . entre las novelas que más tiraban a lo verdadero, y la verdad de la vida, veía siempre Fidela un abismo" (1).

No hay novela de Galdós en la que se hallen ausentes, por un lado, el rigor histórico; por el otro, la exuberancia de la imaginación, ajustando con fuerza, mutuamente, la traza y contenido de la obra. Entre ambos límites caben las más diversas formas de la realidad: el paisaje inmutable, las fisonomías caprichosas, las quimeras de los personajes, hasta la pasajera y terrible realidad —tan española, tan hispanoamericana— del rumor colectivo y de las ilusiones.

Algunas veces predomina lo histórico y las formas de la realidad empírica, que con frecuencia llegan al sumo vigor en alas de la recreación poética, como en aquellas magníficas páginas en las que alcanzan vida perdurable los episodios del 2 de mayo de 1808; sin menoscabo de sus exactas dimensiones, los hechos y personajes históricos pierden rigidez; llevados por el hilo novelesco recobran aliento vital; en compañía de seres ficticios —pero tan verosímiles— vuelven al movimiento perpetuo. Tal es la hazaña de Pérez Galdós al mantener en una sola trama la historia española que viene desde Trafalgar y llega a Cánovas; cuarenta y cinco volúmenes y veinte años de la vida de don Benito componen **Los Episodios Nacionales**, a cuyo través ni los caracteres resienten falseamientos, ni se fuerzan las dobles situaciones históricas y novelescas, antes bien, compenetrándose, permitiéndose mutuas prioridades, logran entregarnos uno de los mayores documentos, a la vez histórico y literario, que hayan rendido las letras españolas, no inferior a los grandes cuadros de la vida realizados en otras literaturas. Ahora que si recurrimos a la pintura como término de comparación, acabaremos por convenir en que las páginas donde Pérez Galdós recrea los fusilamientos de la Moncloa, no desmerecen frente al famoso cuadro de Goya; tal es el vigor, el colorido, el hálito de verismo trágico que allá campea.

Pero no sólo en los **Episodios** rige la historia, columna vertebral de la serie. No hay novela galdosiana que en mayores o menores proporciones deje de sustentar la ficción en aquel

(1) *Torquemada en el purgatorio*, 1ª parte, cap. IX.

apoyo, siquiera sea como ambiente o como referencia indispensable a insertar con fuerza el elemento temporal, nervio de la novela. En algunas obras, como en **La Fontana de Oro**, la cercanía es inmediata; en otras, más remota: **Nazarín**, por ejemplo.

A lo histórico en sentido estricto, sigue la capa de lo real empírico dentro de la estructura de la novela galdosiana: primero en una zona inafectable por la imaginación, a no ser con las modificaciones del sueño y de la alucinación, tan frecuentes en Pérez Galdós; cuentan en el primer estrato la geografía, las peculiaridades psicológicas de lo español, y todas las determinaciones físicas que constituyen la circunstancia nacional, prolongada en una segunda zona de fácil acceso al trabajo de la fantasía, desde luego en forma de maleabilidad para la selección y recomposición poéticas: así la invención de tipos, ambientes y situaciones, la trama de diálogos, la omnisciencia y la omnipresencia del autor, la conducción general y economía del asunto: todo ello bajo el común denominador de la verosimilitud.

Mas con estas fronteras, resta vastísimo campo a la imaginación, cuyas operaciones llegan desde los contenidos irreductibles a las meras funciones psíquicas —ideas, ideales, emociones, actos volitivos— hasta las creencias, los estados de locura, los éxtasis, las visiones sobrenaturales y el quebrantamiento del orden cósmico mediante los milagros. Ya no son sólo las quimeras individuales y colectivas, externadas en forma de aprensiones y rumores; sino la presencia de lo sobrenatural, inexplicable al rigor científico.

En el primer grado, place a Pérez Galdós utilizar tipos imaginativos, de preferencia ciegos, en quienes —como dice al retratar al inválido del ciclo de *Torquemada*— “la falta de vista ha cultivado la imaginación” (1); o bien, personajes de temperamento exaltado y neuróticos, en quienes todavía es difícil marcar los límites de la locura franca, uniforme: no se sabe a ciencia cierta en don Santiago Fernández, el gran capitán de los **Episodios Nacionales**, hasta dónde su estado es producto de la excitación patriótica y conjunto de manías seniles, o efecto de trastorno mental patológico. La fauna galdosiana es pródiga en estos casos desconcertantes: aquel Orozco que tiene la hipocresía del mal y es un corazón generoso, cuyas son

(1) *Torquemada en la cruz*, 1ª parte, cap. X.

estas palabras, dichas en una de las escenas de **Realidad**: “Elevémonos sobre las ideas comunes y secundarias. Vivamos en las ideas primordiales y en los grandes sentimientos de fraternidad; y cuando hayas acostumbrado tu espíritu a esta luz superior, comprenderás que el amor material queda en la categoría del instinto” (1); o los tipos de don Frasquito y de Obdulia, en la novela **Misericordia**, cuya riqueza consistía “en la facultad preciosa de desprenderse de la realidad cuando querían, trasladándose a un mundo imaginario, todo bienandanzas, placeres y dichas”; “cuando se veían privados absolutamente de los bienes positivos, sacaban de la imaginación el cuerno de Amaltea, y lo agitaban para ver salir de él los bienes ideales”. “—Ya me había vuelto tonta de remate —dice Obdulia— si Dios no me hubiera dado la facultad de figurarme las cosas que no he visto nunca”. “—Yo soy un hombre que adora los ideales, que no vive sólo de la vil materia. Yo desprecio la vil materia, yo sé desprenderme del frágil barro” —afirma don Frasquito (2); Benigna de Casia, protagonista de **Misericordia**, crea un tipo imaginario, don Romualdo, que luégo, ante su propia sorpresa, resulta real hasta en los detalles físicos que componían la ficción; y Angel Guerra, en cuya boca pone Pérez Galdós estas palabras definitivas: “Tengo una increíble facultad de materializar las ideas, y cuando la mente se me caldea con un pensar fijo y tenaz, suelo ver lo que pienso. Una de las ansias que más me atormentan es la de lo sobrenatural, la de que mis sentidos perciban sensaciones contrarias a la ley física que todos conocemos. La monotonía de los fenómenos corrientes de la naturaleza es desesperante. Lo sobrenatural, lo maravilloso, el milagro me hacen falta a mí” (3). “Cultivemos la idea sin desconfiar de la realidad, que vendrá —¿pues no ha de venir?— a dar forma y vida al pensamiento, pues para eso existe. El mundo físico ¿qué es más que un esclavo del mundo ideal y el ejecutor ciego de sus planes?... Si me apuran, diré que la realidad hállese hoy como hastiada de su pedestre y vil trabajo, con tanta vulgaridad económica y mecánica, y anhela —¡vive Dios!— remontarse a más altas esferas” (4).

Personajes como Nazarín, como la madre de los Babeles, como la ciega Lucía, como Maximiliano Rubín —una de las

(1) *Realidad*, jornada IV.

(2) *Misericordia*, caps. XV y XVIII.

(3) y (4) *Angel Guerra*, 3ª parte, caps. II y IV.

mayores creaciones de la literatura española de todos los tiempos—, rebasan la indecisa divisoria, llegando a lo patológico y a lo maravilloso, no sólo transitoriamente como en los raptos alcohólicos de Mauricia **la dura** o en las ficciones propias de la técnica novelesca cuando el autor sugiere dobles fondos a la realidad, como en la semejanza de la propia Mauricia con los retratos de Napoleón adolescente, o como en la insinuación de que el sobrino de Virones, sobre parecerse a “los retratos que hizo Murillo del Niño Dios”, “para mayor encanto llamábase Jesús, y no era ésta la última coincidencia: había nacido en un pesebre, yendo su madre de Cuerva a Mezarambroz en una fría noche de febrero” (1), o como la semejanza entre la prisión de Nazarín y el relato evangélico de la prisión de Nuestro Señor Jesucristo.

En el último grado figuran los desdoblamientos con representación física —en Angel Guerra, en Orozco—, las visiones sobrenaturales, como aquella de Lucía, quien antes de que la enteren de la muerte de Angel Guerra, lo ve ascender en compañía de Nuestro Señor, tras de encontrarse uno y otro “poquito más allá de la puerta” (2); el antropomorfismo —españolísimo —de ideas y creencias halla frecuente cumplimiento en este grado del mundo galdosiano.

Con latitud realista de ese modo amplia y profunda, el arte de novelar encuentra materiales y recursos abundantísimos, en modo de capturar las más ocultas presencias de la vida y sus vibraciones mínimas, misteriosas. El misterio se halla aquí, de cuerpo presente, y vivo. El conocimiento histórico y la experiencia cotidiana, hechos blanda pasta, ofrecen el revés que los mueve. Los personajes dejan de ser copias muertas, creaciones caprichosas, mecanismos convencionales más o menos ingeniosos, y advienen con pujanza, imponiéndose al autor, hasta sembrar en él dudas relativas a la identidad de los seres que mueve. “¿Concluí por construir un Nazarín de nueva planta con materiales extraídos de mis propias ideas, o llegué a posesionarme intelectualmente del verdadero y real personaje?... Lo que a renglón seguido se cuenta ¿es verídica historia o una invención de esas que por la doble virtud del arte expeditivo de quien las escribe y la credulidad de quien las lee, resultan como una

(1) Idem. 3ª parte, cap. VI.

(2) Idem. cap. final.

ilusión de la realidad?" (1). Descontado el artificio literario que hay en estas palabras, dejan entrever la exacta relación del novelista frente a sus criaturas, en cuanto no son éstas productos íntegros de la sensibilidad poética si han de tener vida íntegra, si han de gozar plena autonomía, como en el acaecer real. El novelista tiene que aceptar el desenvolvimiento de los caracteres, aun contra su gusto; que al fin viene a ser padre de familia, en sentido estricto.

(1) *Nazarín*, cap. final de la 1ª parte.